

horas muy agradables y las he repetido en casa de Julio. Recuerdo su viaje a Sicilia. Recuerdo la noche que en su casa lo felicité por el precioso pullover peruano que llevaba puesto. Resultó que era islandés. Y un rato después, no sé si fue el vino, o algunos cuentos de Julio, más mi normal temor después de todo lo que he contado: lo vi sin pullover. Me rompí a hablar de mi viaje a México, el verano pasado. Temía que desapareciera como su pullover, pero logré captar toda su atención. México le interesaba mucho. Alguien allá le interesaba mucho. Siempre había admirado la obra de Tito Monterroso. De Augusto, de Tito, la de mi amigo, a quien recuerdo hablándome con tanto afecto de la obra de Julio. Cuando vayas a México te daré su dirección. Claro, hombre... Realistas que son.

Y aquí termino esta historia, o nota o como deseen llamarla. Más detalles sobre el *Médicis Etranger* se los podrá dar el propio Julio Cortázar, si algún día se le ocurre escribir algo así como *El cronopio premiado*, o *Instrucciones a un gigante para recoger un trofeo chiquito*. Esas cosas de él, ustedes saben. A mí todo esto se me ocurrió la noche aquella en que por primera vez estuve largo rato con él, la del brindis y la del premio. Lo estuve mirando un rato y sus palabras eran siempre buena moneda viva. La única que hoy debería valorizarse, para bien de muchos (cabría decir). Claro, después de mi artículo se ha llenado un poco de situaciones algo absurdas y de amigos y hasta se ha alargado un poquito, a lo mejor. Para que mis lectores no se me amarguen, voy a darles un gran dato: cualquier periódico de México debe pagar una fortuna por la primera foto de Julio Cortázar y Tito Monterroso juntos. Imagínense una foto de este gigante argentino que dicen que sigue creciendo, con Tito Monterroso que sólo crece en el recuerdo de los que lo hemos conocido.

### Nuestro Homero

Me conmuevo sobremanera cada vez que pienso que Jorge Luis Borges ya no existe. Uno ya estaba acostumbrado a que este escritor genial fuese muy viejo y, al mismo tiempo, sin paradoja alguna, viviera rodeado por un hálito de eterna juventud. Su incomparable y permanente buen humor debe haber tenido mucho que ver con esto. Pero ahora Borges, el creador de Borges, como hombre y como mito, ha muerto.

Tal vez por ello me acuerde en este momento de una fotografía muy reciente que vi de él. Al «más grande escritor vivo» se le veía frágil y como empequeñecido ante su formidable biblioteca, en la que, sabemos, nunca hubo un libro suyo ni sobre su obra; modestia o coquetería, ya es muy tarde para averiguarlo. La fotografía —me doy cuenta ahora— era, además, la de un hombre muy frágil tan vivido por el tiempo que parecía estar muy cerca de la eternidad, literaria, se sobrentiende. Sus grandes ojos blancos no se habían apagado del todo aún y parecían estarse ocupando de otra cosa. Más el ojo derecho que el izquierdo; éste parecía haberse excusado por un rato.

La ironía del destino quiso que este maestro de la ironía fuese nombrado conservador de la Biblioteca Nacional de su país, el año 1955. Precisamente el año en que la ceguera se acercaba a él desde el horizonte, como una puesta de sol para siempre. Le gustaba que le llamaran Borges y detestaba la palabra «señor», demasiado cercana, según él, a las palabras «senil» y «senador». Solía decir que la política es una frivolidad, algo que le escapaba por completo, pero esto no era del todo cierto. Nunca hay que tener a los escritores al pie de la letra, y mucho menos a los muy grandes.

Curioso caso el de este hombre que visitó a Pinochet y llegó a desearle a los Estados Unidos «un gobierno fuerte y noble como el del general Pinochet y mi amigo Videla». Muy curioso

caso, porque, a pesar de ello, la intelectualidad argentina de izquierda trató de justificarlo todo en nombre del arte. Borges recordaba esa visita como una invitación de la Universidad de Santiago de Chile para ser nombrado doctor «honoris causa». Y se arrepentía de lo que había dicho entonces, explicando que jamás había entendido de política y que, en todo caso, sus opiniones pesaban mucho menos que las de un cantante de tangos. Y se decía soñador, viejo, poeta e inofensivo.

Fue siempre un humorista provocador. Lo recuerdo en el Colegio de Francia, en París, afirmando que no había un solo buen poeta en la historia de la literatura francesa. Alguien, atónito, le mencionó el nombre de Rimbaud. Con gran serenidad, Borges respondió que bueno, que sí, pero a condición de que no se le mirara de muy cerca. Lo increparon y sin inmutarse dijo que no era más que un ciego internacional. Sólo pareció perder su buen humor cuando alguien le tocó el tema del escritor comprometido. Fue tajante: «Un escritor comprometido — dijo — es aquel que prefiere la política a la literatura.» Y algún tiempo después, en Buenos Aires, se declaró anarquista, fundamentalmente anarquista. Deseaba un gobierno planetario, con un mínimo de Estado y un máximo de individuo. Pero desgraciadamente el mundo no se encaminaba hacia esa utopía, aunque él no perdía las esperanzas: dentro de mil años, tal vez...

La Argentina no existía. La tuvo que inventar él en su biblioteca universal, poblar ese territorio, tan enorme como vacío, de palabras. Dios era la más grande invención de la literatura fantástica, y el Papa, un funcionario venido de Italia para visitar algunos países de América latina. Citaba mal y de memoria y su erudición era una sapientísima y endemoniada mezcla de humor e imaginación. Y como Borges había inventado a Borges, Borges había dejado hacía mucho tiempo de distinguir entre la realidad y la ficción.

Fue un extraordinario poeta, pero yo prefiero anotar que, sin haber escrito una sola novela, logró ser el escritor más famoso

del mundo, como escritor de cuentos únicamente. Pocos han logrado tanto como él. Debemos agradecerle eternamente que nos haya llamado tanto la atención sin necesidad de escribir novela, reivindicando así ese género tan menospreciado en el mundo del habla hispana y en muchos países latinos. Atención, lectores y editores: siempre ha sido más perfecto un gran cuento que una extraordinaria novela.

Supo amar y fue un extraordinario amigo. Pero no podía con su genio, y, por ejemplo en una ocasión, firmando centenares de libros con su compatriota Ernesto Sábato hizo una pausa y le preguntó: «¿Ché, Ernesto, te imaginas el valor que tendrán algún día los libros nuestros no dedicados?» A veces aparecía en sus ficciones. Tal vez, así se fue formando el Borges de Borges, su máxima creación. Sus entrevistas fueron páginas de su obra literaria y su ceguera nunca fue total. Fue, en todo caso, menor que la de los académicos suecos, que, año tras año, olvidaban si le habían otorgado aquel famoso premio o no.

Ahora se me ocurre decir que fue nuestro Homero: la misma vena, el mismo cosmos, la misma ceguera.

### Con Ribeyro en el ruedo ibérico

Hace ya como quince años de aquella cita en una playa al sur del Portugal, muy cerca de la frontera española. Los Ribeyro me esperaban. Habían alquilado una casa frente al mar y a ella llegué en busca de descanso, sol, y buena charla. Descanso y sol sí que tuve, y tal vez demasiado, pero en cambio sólo tuve una charla y muy larga además porque no entendía portugués y porque me resultaba realmente inexplicable lo que trataba de explicarme el guardián portugués de la casa: los señores Ribeyro se habían marchado al día siguiente de su llegada. Tras haber